

de la muerte de los justos.—Aplicación.—Los Balaam de todas las épocas, repitiendo estas palabras, asombrados ante la muerte de María.—Luego que muere la hermana de Moisés, comienza la sed, y vienen las aguas al contacto de la vara.—Luego que muere la Madre de Dios, sienten sed de verla los discípulos.—Tomás y su tardía llegada.—Sus lágrimas.—La apertura del Sepulcro.—No está ya allí.—Asunción.—María, en cuerpo y alma, al cielo.—Subida de Balaam al monte Fasga.—Sólo ve una parte del campamento.—Sólo ven los discípulos el resultado del milagro.—Le sacó del Egipto de la vida.—*Eduxit illum de Ægipto.*—Recuerdos al protestantismo, con la Biblia por base.—Sus ridículas y absurdas suposiciones.—Subida de Balaam al monte Fogor, dando vista al desierto, y espalda al campamento israelítico.—Ilustraciones de la fe, que ya no necesita ver, para bendecir.—Sus palabras.—¡Cuán hermosos son tus pabellones, Jacob, y tus tiendas, Israel!—Poética y bellísima descripción hecha por el adivino.—Furor de Balac, que no puede hacer que maldiga.—Coronación de María.—Aspecto especial del Cielo en ese acto.—Ángeles y bienaventurados de ambos Testamentos.—La humildad de María premiada por sus virtudes, como la de Jesucristo.—El infierno estremecido con esa victoria.—Balac se vuelve por su camino.—Súplica.

SERMON

DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN.

Fundamenta ejus in montibus sanctis.
Los cimientos de Ella, en los montes santos.

(Psalm. LXXXVI-1.º)

El Sagrado Libro de los Salmos, á la vez que es un bello escogido modelo de poesía y un resumen de los diferentes afectos que dominaban el ánimo del Profeta Rey, con relación á las distintas fases y circunstancias de su vida, es también, y antes que todo, el Libro más profético acaso entre los Sapienciales del Testamento Antiguo, porque encierra casi tantas significaciones de la realidad esperada, como versos, y tantos símbolos y figuras, como palabras.

Escrito por un dichoso y directo ascendiente de Aquél que debía sustituir, con su sacrificio y con su enseñanza, á los sacrificios y enseñanzas todas de la Ley, reemplazándola, según la breve, pero elocuente frase, de San Pablo, por la gracia, David, para usar otra del Santo Libro, bebía, más y mejor que todo el pueblo de las promesas y de las tradiciones, de la piedra espiritual que venía tras él, que era Cristo, pudiendo asegurarse de su persona, en aplicación de otro texto sagrado, que todo le acontecía en figura, y bien clara y detallada por cierto, de la realidad que ya columbraba su mente, que dirigía su pluma, que movía sus labios y su corazón, y que informaba todos sus escritos.

Una vez ya establecida esta indudable verdad y doctrina, al comentar é interpretar sus inspirados cánticos, según nos preceptúa la Iglesia, es decir, hablando en general de toda la Santa Escritura conforme al común sentido de los SS. PP. que representan su tradición y sus enseñanzas, no hemos de fijarnos única y exclusivamente en el sentido literal y en el objeto y circunstancias especiales que motivaron la confección de cada uno de ellos; sino que usando de los otros sentidos, debidamente autorizados por la Maestra infalible de la verdad, y por el divino Juez de ese Libro inspirado, y por consecuencia permitido al exégeta, debemos buscar en ellos al pueblo universal futuro, á la Iglesia con todas sus grandezas, al Salvador y á su bendita Madre, en todos sus inefables misterios y advocaciones.

La he nombrado ya, hermanos míos, y voy á entrar en la exposición de ese Salmo, del cual he tomado el primer verso para tema de mi discurso, sobre el que ha de basar todo el plan del mismo, con referencia á la santa y augusta Madre del Carmelo.

La futura y humilde Hija de David, debía ocupar, ya lo he dicho y lo repito, con preferencia marcada la mente del Real Profeta, cuando tomaba en sus manos el salterio de la inspiración y de la poesía: de su tronco y estirpe debía nacer, como una prueba más de la fidelidad de las promesas de Dios, y de sus infinitas misericordias para con su siervo, aunque adúltero y homicida, penitente y afligido; había visto cruzar su sombra en la mujer de Thecua, intercediendo por el desdichado Absalón; en Abigail, la prudente, bajando del Carmelo del desierto de Maón, para salvar, postrada, bella y graciosa, á sus pies, la vida de Nabal y de sus siervos; en la pura é inocente Abisag, que prestaba calor á su vejez y alegría á su espíritu: San Bernardo ha dicho que toda la Escritura está llena de María; y así la contemplaba sin duda el hombre cortado por el corazón de Dios, cuando cantaba al Arca de la Alianza, á Jerusalén y al pueblo escogido.

Yo lo veo claramente también, mis hermanos, en el Salmo LXXXVI ya referido, porque veo á María presignificada en esa Arca Santa, colocada ya en la Ciudad de David, en la fortaleza renombrada de Sión, después de habitar entre los pabellones de su pueblo; y veo además en esa Jerusalén grande, extendida, publicada su fama por toda la tierra, visitada por los habitantes de los más remotos países, Madre fecunda de innumerable prole, y emporio de las ciencias y de las artes, de la magnificencia y de la grandeza decretada por el Altísimo y consignada por los pueblos y los príncipes, en escritos por Dios inspirados, la gloria y la magnificencia, y la alabanza y el honor, y las prerrogativas de la Madre de Dios, en general; pero, me atreveré ya á decirlo también, de la Madre de Dios, bajo la advocación santa, popular y dulcísima del Monte Carmelo: voy á probarlo en seguida con la explanación del Salmo mencionado.

Virgen Santísima y Madre del Carmen: si tus fundamentos, si tus cimientos, según David, están en los montes santos, á ellos vuelvo, según otro cántico del Profeta, mis ojos, para implorar tu auxilio en la ocasión presente: tú, que reinas en la montaña, y eres la Madre del Dios de las montañas como de los valles, alárgame tu Santo Escapulario para llegar á la cima, y contemplarte en toda tu belleza de rosa de Sarón, gloria del Líbano y honor del Carmelo: te lo suplica conmigo mi auditorio, saludándote al efecto con las palabras de Nazareth y de Hebrón y de la Iglesia.

AVE MARÍA.

El Dios que, según acabamos de recordar con la palabra inspirada, lo es igualmente de las montañas que de los valles, elige, sin embargo, las primeras ordinariamente para los grandes sucesos como para las empresas heroicas, conformando el orden moral, y aun el orden sobrenatural de su gracia, al orden de la naturaleza, que ha colocado esas eminencias en de-

terminados sitios y localidades, como atalaya de las zonas y faro de los caminantes, y observatorio adecuado del panorama y de la extensión de las llanuras, de los bosques, del poblado y de la soledad, del curso majestuoso de los ríos y del oleaje tempestuoso de los mares.

Eligió el Moria para la prueba suprema de la fe de un padre y de la sumisión de un hijo: el Oreb, para intimar sus mandatos y confiar su misión al caudillo y libertador de su pueblo: el Sinaí, para dar la Ley á ese mismo pueblo entre prodigiosas temidas señales: el Calvario, para morir por el hombre: el Thabor, para manifestarse Dios: el Carmelo, para la gloria de su Madre.

¿No podré, pues, con David cantar, aplicando á este monte de María las sublimes y encantadoras frases del primer verso del Salmo sobre que versa mi discurso? ¿No podré decir en bella y razonada aplicación que *los cimientos de Ella*, es decir, de María, de la devoción de María bajo la advocación del Carmen están *en los montes santos y que ama el Señor las puertas de Sión sobre todos los tabernáculos de Jacob?*

Sí, ciertamente, hermanos míos: la misteriosa y pequeña nube que subiendo del fondo del mar, se posa en la cima del Carmelo, y se agranda inmediata é inmensamente, fertilizando con la apetecida lluvia toda la tierra: la grande y majestuosa figura de Elías, cuyos labios abren y cierran el Cielo, como una llave maestra de Dios, y que tras una vida de heroicas virtudes y de estupendos prodigios, es arrebatado del teatro de sus hazañas y de sus triunfos en una carroza de fuego: la duplicación maravillosa de su espíritu en Eliseo, cuyos restos mortales devuelven la vida al cadáver arrojado inconscientemente en su sepulcro: los monarcas de Israel y de Judá, y sus ejércitos y su pueblo, ora castigados, ora favorecidos, según hacen lo malo en la presencia de Dios, ó se postran arrepentidos, invocando la misericordia y la protección de ese monte admirable: la escuela de los Profetas en él establecida, cual símbolo y profecía, y preparación y proemio de

la orden que Simón Stok había de fundar en el seno de la Ley de gracia, por mandato expreso de María, y entregado su Santo Escapulario: la viuda de Sarepta y la Sunamita, consoladas: Giezi, cubierto de asquerosa lepra, y Achab muriendo desangrado en su carro de guerra, frente á la línea de batalla de los siros; éstos, en fin, y otros mil hechos consignados á cada paso en los Sagrados Libros III y IV de los Reyes, en honor y temor santo del monte Carmelo, prueban hasta la evidencia que el Señor amó ese monte más que á los otros, porque en él manifestó sus justicias, y abundó sobremanera en sus misericordias.

Y sin advertirlo, hermanos míos, apenas, estoy explanando ya el segundo verso, al publicar en el anterior período, y con referencia á la Santa Escritura, las glorias del Carmelo desde su origen en ese monte santo y predilecto: monte, en el que fué agradable habitar al Señor, y habitará hasta el fin, según el oráculo divino: no ciertamente maldito como Gelboé, donde murió Saúl; ni Hebal y Garizim, donde se aposentó el cisma de Samaria, sino bendito con rocío del cielo, y hermosura de la tierra, con bendiciones del regazo y del útero, bendecido de Dios y de los hombres, de propios y extraños; fuente sagrada, cuyas puras y dulces aguas pudieron beber los anacoretas de la Nitria, de la Siria, del Egipto y de la Tebaida; cuna gloriosa, en fin, de los discípulos del Precursor, y más tarde de los hijos de la augusta y Santa Madre del Carmelo, apellidada por Juan XXII, Sixto IV y Gregorio XIII, *Religión primogénita de María; criada á sus pechos*, y denominada *hija predilecta suya*, en frase de Gregorio IX, Urbano VIII, Alejandro IV y Honorio III. *¡Cosas gloriosas se han dicho de Ti, Ciudad de Dios!* cantaba ya el Real Profeta.

Mas prosigue diciendo: *Me acordaré de Rahab y de Babilonia, que me conocen. He aquí los extranjeros, y Tiro, y el pueblo de los etíopes; éstos estuvieron allí.*

Es verdad, mis hermanos: la Iglesia católica, extendida por todo el universo, de Oriente á Occidente, y de Septentrion

á Mediodía, puede y debe usurpar á Jerusalén y á la Sinagoga, aun en los tiempos de su más grande esplendor, las inspiradas frases que en el sentido estrictamente literal de este versículo pone en su boca el Profeta coronado; pero no es menos verdad que todas las gentes que conocen esa Iglesia, y que se incorporan dichosamente á ella, conocen á María y á su santo predilecto monte y al escapulario del Carmen; lo mismo las Rahab, fuertes y soberbias, pueblos guerreros é indomables, que los babilonios de todas las edades y civilizaciones, en poder, en placeres y en riquezas, que las razas de bronceada tez y de piel abrasada por los ardores del sol en las zonas tórridas, todos, absolutamente todos, vendrán al monte de María, como los de Tiro y Sidón á Jerusalén en los días gloriosos de la construcción del Templo; todos saludarán, al menos de lejos, ese monte, como los hebreos á su Mesías prometido: todos se revestirán de ese Santo Escapulario, como señal de salud y de protección en los peligros de la vida, según la promesa de la amante Madre del Carmelo, y como distintivo de su fe y de su hermandad y unión admirables y universales: que ante ese monte y esa señal ya no habrá extranjeros, ni razas, ni idiomas, ni estirpes, ni fronteras: todos están allí, en el monte santo, en que según Isaías, el Señor hace un convite á su pueblo; y en adelante, y por siempre, mientras dure el monte y el pueblo cristiano, ese monte y esa señal han de ser tan verdadera y justamente celebrados y populares, que el grito del hombre en sus dolores, como su exclamación en las sorpresas y en las alegrías será siempre el que vais á escuchar: *¡Virgen del Carmen!*

¡Por ventura no se dirá á Sión: Hombre y hombre nació en ella, y el mismo Altísimo la ha fundado? ¡Hombre y hombre! es decir, muchos hombres, según unos sagrados intérpretes: ¡hombre y hombre! es decir, hombres de grande y reconocido mérito, según otros.

¡Virgen Santísima del Carmen, dadme fuerzas! ¡Madre augusta del Carmelo, esclareced mi memoria, venid á ayudar

mis recuerdos, porque temo perderme entre la multitud innumerable, entre la esclarecida muchedumbre de hombres que ha producido ese monte santo, que ha brotado de sus piedras todas, como los hijos de Abraham pueden ser suscitados por Dios, cual si fueran gusanillos nacidos entre el polvo de los caminos: nombradme algunos siquiera, Madre mía, que vienen muchos, *hombre y hombre sin cesar*, muchos hombres y hombres de valer, y todos proclamando en alta voz que á Vos, como á ellos, les ha fundado en esa montaña el Altísimo!

No hablemos ya en general de los hijos de la escuela de los Profetas, de los Apóstoles, de los Esenos, de los ermitaños, de los cenobitas: Clemente Alejandrino, Basilio, Nacianceno, Crisóstomo, Juan, Alberto, pasad; pasad rápidamente á mi vista con vuestros escritos y vuestras heroicas luchas, preparadas en el silencio y en la soledad predilecta de la Madre de Dios: Pedro, Tomás, Espiridión, Gerardo, Elpidio, pasad también: mostrad vuestras tiaras pontificias, Clemente, Telesforo, Silverio, Zacarías y Benedicto: Jerusalén y Alejandría, mostrad vuestro palio patriarcal, como hereditario en la orden Carmelitana: sillas episcopales del orbe católico, adornaos con ese escapulario santísimo: semilla de cristianos, sangre carmelita, semejante á la derramada en los primeros días de la Iglesia en feliz expresión de Tertuliano, inúndame en tus torrentes de gloria: pureza de la Madre del Carmelo, significada en la eterna blancura del Líbano, coronado de perpetuas nieves, ven á la tierra otra vez, en Leocadia, en Eufemia, en Ángela, en Cirila, en Magdalena de Pazzis, en la incomparable Teresa de Jesús! Ciencia cristiana y erudita, y universal, y esplendente, baja del Monte Santo de María ante nuestros ojos admirados, en Baconio, en Waldense, en Miguel de Bononia, en Guido, en Tirobosco, en Incógnito, en Verrato.... ¡basta! no cesa de bajar *hombre y hombre* del Carmelo.

Y al esquivar la explanación completa del versículo precedente, en obsequio á la indulgencia con que me estáis escuchando, hermanos míos, y en la imposibilidad de citar toda la